

superficial ó hasta completamente falsa. Miles y miles de candidatos tratan de simplificar su trabajo aprendiendo de memoria las fórmulas de su manual, diciendo y repitiendo frases dichas delante de ellos por profesores célebres y amontonando en la memoria definiciones secas, faltas de color y de vida. Saben palabras y palabras y todo ese fárrago se interpone entre su mente y la verdad. Los formularios y extractos les han hecho aborrecer los libros y más aún la Naturaleza; los programas limitan la inteligencia, los cuestionarios la aniquilan, los compendios la empobrecen y las frases hechas acaban por matarla completamente. Desgraciado el joven dotado de una comprensión excesivamente fácil, todo superficie, que se exhibe á la admiración de los tontos. Es un peligro capital comprender demasiado pronto, sin dificultad, sin esfuerzos ni largo trabajo de asimilación. Se arroja negligentemente el hueso de que otro ha sacado «la substanciosa médula»; se produce la indiferencia, el hastío, el desprecio por las cosas más bellas; la falta de estudio personal mata la iniciativa, quita á la palabra y á los actos toda originalidad.

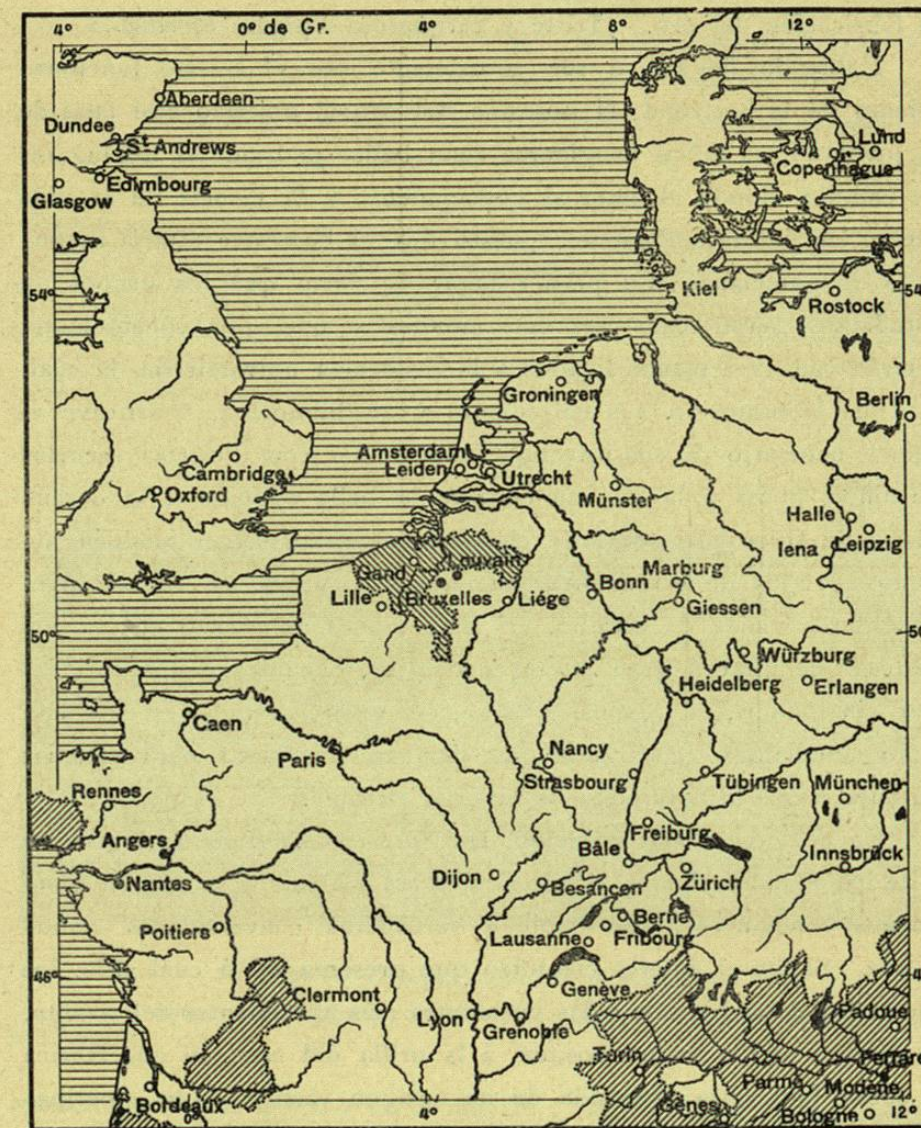
La mayor parte de la enseñanza se hace hoy día con la mira del examen, y no puede ser de otro modo, puesto que del examen dependen las plazas, las posiciones oficiales y sociales. ¿Domina la Iglesia en un país? Pues el estudiante ha de probar por argumentos y ejemplos escogidos cuán legítimas y santas son todas las reivindicaciones clericales. ¿El jefe del Estado ó el Estado abstracto han llegado á ser objeto de adoración religiosa? Pues es preciso hacer que todo se le pida, que todo se desee de él, logrando que todo converja hacia él. Las ideas y los caprichos de arriba son sagrados: Napoleón hizo de la Universidad una inmensa escuela de obediencia á su persona; bajo el reinado de Alejandro III, los profesores de historia rusa tenían la obligación de demostrar por los testimonios del pasado «la verdad y el valor intrínseco de la autocracia». Hasta las cuestiones científicas son resueltas arriba: «¡El emperador lo quiere así!» En 1841, Nicolás I decretó como «verdad científica» la identidad étnica de los Grandes Rusos, de los Pequeños Rusos y de los Rusos Blancos, á fin de transformar en una herejía de ignorancia toda veleidad de separatismo¹.

¹ K. Tarassof, *La Société Nouvelle*, Septiembre 1895, p. 330.

Los estudiantes están, pues, advertidos: no para saber entran en las grandes escuelas, sino con la esperanza, frecuentemente con el único deseo, cínicamente declarado, de subir los escalones que conducen á la fortuna. Así es como los exámenes toman ese carácter extraño á la ciencia, puesto que la ciencia sirve de pretexto para la obtención de una estampilla oficial; el estudiante, una vez obtenido el diploma, libertado repentinamente de un trabajo que odiaba, se cree con derecho á la pereza. En su principio el examen fué una cosa muy diferente y debe restablecerse en su virtud primera en todas partes donde el amor á la ciencia es real y donde importe saber y no parecer que se sabe. La enseñanza de los filósofos griegos, tal como nos los refieren los «Diálogos» de Platón, no consistía en realidad más que en una conversación permanente del estudiante con su propio yo, en un examen continuo del pensamiento por el pensamiento bajo la evocación de un Sócrates ó de otro buscador de la verdad. Entonces, tratándose ante todo de «conocerse á sí mismo», ese examen incesante era necesario al hombre que estudia; ¿cuánto más indispensable es ahora, que se trata de «conocer la Naturaleza», de la que cada individuo no es más que una simple célula? Así el joven que vive su enseñanza debe interrogarse y responderse incesantemente, con toda probidad y sinceridad. Compárense con este examen personal las formalidades usuales de recepción en el mundo de los calificados y resultarán bien poca cosa: el estudiante podrá sufrirlos con una conciencia tranquila despreciándolos un poco; considerándose altamente superior, le bastará dar mentalmente á las preguntas casi siempre incoherentes del examen la unidad que necesariamente les falta. En ello consiste la dignidad del estudio.

Pero si el estudiante, lleno de palabras amontonadas en su memoria, no tiene otro mérito al fin de curso que responder á las preguntas como un eco más ó menos fiel; si teme tener personalidad propia y responder lo que los profesores momificados calificarían de herejías ó de «paradojas», es decir, según la etimología, de «opiniones fuera de la enseñanza», podrá uno preguntarse cuál ha sido la razón verdadera de los largos años de escuela, y se hallará, casi con certidumbre, que esa razón fué la ambición de la posición

N.º 587. Universidades de la Europa occidental.



1 : 10 000 000

0 100 250 500 Kil.

Las Universidades de Angers, Bruselas, Ferrara, Luvaina y Nantes no son establecimientos de Estado. Las escuelas superiores de Londres, Birmingham, Liverpool, Leeds, Sheffield y Durham suelen considerarse como Universidades; las de Dundee y de Saint-Andrews forman una sola Universidad.

Los distritos rayados en Italia y en Francia son aquellos en que más del 10 % de los quintos no saben leer ni escribir (Morbihan 17.4 %); en Bélgica el rayado indica que el 30 % de la población era analfabeta en el censo de 1900.

brillante y del dinero. El candidato no es más que un «carrerista», un aprendiz industrial que trata de retener fórmulas lucrativas para la fabricación del oro. ¡Triste y vergonzosa «piedra filosofal!»

Habiendo llegado á ser actualmente por el mismo funcionamiento de la sociedad, la posesión del oro el objetivo casi fatal de la juventud, es difícil imaginarse cuán bellos podrían ser los lugares de estudio, donde el amor al conocimiento y la ciencia de la vida fuesen las únicas ambiciones, puesto que el bienestar estaría asegurado de antemano. En primer lugar es cierto que los grupos de estudiantes serán cada vez más móviles y que, por consiguiente, estarán cada vez menos ligados á la residencia universitaria, la cual, por sus laboratorios, sus colecciones y su biblioteca, constituye el centro necesario de sus investigaciones. Así como ciertas escuelas de niños, pocas todavía, van durante la bella estación á la descubierta de sitios curiosos ó de ciudades interesantes, así también algunos grupos de estudiantes, numerosos á veces, se reúnen para verdaderos viajes de estudio, en las regiones mineras ó en las comarcas que ofrecen gran interés geológico, ó en los países curiosos por sus plantas, sus animales, sus artes y sus costumbres. Se han visto estudiantes americanos que fletaban un barco para estudiar durante meses la naturaleza de la costa africana.

En un círculo más reducido, los *Summer meetings* de Inglaterra y de los Estados Unidos, donde profesores y alumnos se reúnen como buenos compañeros, son también verdaderas Universidades ambulantes. Según el interés científico que presenta tal ó cual sitio, los recuerdos de la historia ó las cuestiones más apremiantes del tiempo, se celebra sesión en un bosque, á la orilla del mar, en una fábrica ó sobre la terraza almenada de un antiguo castillo. Los «peripatéticos» de los tiempos pasados se paseaban bajo las columnatas ó en los paseos de un jardín; los de nuestros días tienen más ancho campo, gracias á la facilidad de las vías de comunicación, y pueden ir de país en país; en su perjuicio, si viajan sin método, á la casualidad y sin estudio profundo, pero con gran ventaja si viajan verdaderamente para aprender, para considerar la Naturaleza y todas las obras del hombre como gran campo de observación, si interrogan la Tierra, la escrutan directamente, sin detenerse á

verla á través de las descripciones de los libros que la falsean.

Hasta fuera de la Naturaleza propiamente dicha, en los edificios cerrados, el estudiante procede siempre por la observación precisa, sobre todo el que tiene el hombre por asunto especial de investigación. Aprenderá á conocer los seres vivientes en sus orígenes y en su vida presente con las mil alternativas de la salud, de la enfer-



UN TÉ EN EL «SUMMER MEETING» DE EDIMBURGO

Representantes de siete ú ocho nacionalidades reunidos en la terraza del *Outlook Tower*, en Edimburgo.

medad, de la decrepitud y de la muerte. Aparte de todos los libros, que el tiempo envejece, ellos constituyen los libros por excelencia, los libros siempre vivientes, á los que, para el lector atento, se unen incesantemente cada vez más bellas páginas. Y no es esto sólo, el lector se transforma en autor: gracias al poder de magia que le da la experiencia, puede suscitar cambios á voluntad en la naturaleza ambiente, evocar fenómenos, renovar la vida profunda de las cosas por las operaciones de laboratorio, convertirse en creador, por decirlo así, transfigurarse en un Prometeo portador del fuego. ¿Qué

palabra impresa, bien aprendida de memoria podrá jamás reemplazar para él esos actos verdaderamente divinos?

Y aun puede hacer más si la amistad de otros compañeros de labor multiplica sus fuerzas. Las conversaciones serias con los compañeros de estudio, buscadores de verdad como él, le elevarán y afinarán, le adaptarán á todos los ejercicios del pensamiento, le darán osadía y sagacidad, enriquecerán al infinito el libro de su cerebro y le enseñarán á manejarle con perfecta facilidad. Sus amigos particulares, sus inmediatos compañeros de estudio no son los únicos á quienes podrá dirigirse, de quienes podrá apropiarse los conocimientos, el alma, por decirlo así; no siendo ya la ciencia un privilegio, un «sacerdocio» ejercido por algunos, tendrá por colegas y por iniciadores parciales todos aquellos que, en el mundo de los sabios, en las Universidades ó en otras partes, practican estudios paralelos. Ya en todos los países de Europa, y particularmente en Inglaterra, se ha establecido la costumbre de interrogarse por correspondencia, cartas ó periódicos, sobre todos los asuntos del saber; desde el campesino que roba una ó dos horas al descanso para estudiar en su granja, hasta los sabios ilustres del Museo británico, se ha formado como una liga fraternal para el cambio de las observaciones y de las ideas, en el cual no siempre el hombre rodeado de gloria da palabras de más valor. ¡Qué diferencia entre la ciencia libre, fundada en tan bello compañerismo, y la ciencia puesta al servicio de la industria y del lucro; por ejemplo, en esas fábricas, alemanas principalmente, donde hay químicos que trabajan unos al lado de otros, en compartimentos cerrados, con prohibición de comunicarse mutuamente el resultado de sus análisis y en la ignorancia de la investigación final á que se dedican sus trabajos preliminares!

Lo que ha de pedirse á los estudiantes no son diplomas, sino obras. Dirigidos los estudios en sentido del trabajo, y del trabajo útil, los jóvenes de ambos sexos habrán de manifestar lo que hayan hecho para colaborar en las empresas comunes de la humanidad. Del mismo modo que el salvaje primitivo debía probar que era hombre antes de ser considerado como tal, así como el obrero antiguo que aspiraba á maestro había de producir antes su obra maestra, así también todos los jóvenes comprenderán, si la opinión lo pide, que

no podrán entrar á título de iguales en la asamblea de los fuertes sin dar pruebas de participación en trabajos serios de utilidad pública, sobre todo en aquellos trabajos que requieren entusiasmo y espíritu de sacrificio.

Los estudios técnicos especiales en Moscou, en Boston y en muchas otras ciudades han demostrado que se puede esperar maravillas del trabajo de niños y de adolescentes que trabajan con entusiasmo como amigos y como émulos. No hay fábrica, puente, ferrocarril ni locomotora cuya construcción no pueda confiarse á grupos de jóvenes que hayan estudiado durante algunos años en los talleres y al pie de la obra. La multitud de alumnas enfermeras de Londres muestran hasta dónde pueden llegar los cuidados á los enfermos unidos al respeto de la dignidad personal. Si la enemistad, actualmente muy justificada, de los trabajadores y empleados que difícilmente ganan su vida en toda clase de trabajos no se opusiera al aumento de esa concurrencia desastrosa que les hacen los conventos, las cárceles y los depósitos de mendicidad, donde los empresarios disponen de una labor casi gratuita, no es dudoso que los millones de alumnos y de estudiantes ocupados en la actualidad casi exclusivamente en aprender de memoria lecciones recitadas podrían, con gran beneficio de su saber y de su salud, contribuir muy ampliamente á los preparativos y á la terminación de los trabajos necesarios á la conservación de la humanidad y á la economía de nuestro planeta.

Los regímenes políticos y sociales contemporáneos, basados sobre la propiedad privada y el salariado, prohíben que se disponga de esa fuerza prodigiosa que unas escuelas bien comprendidas tendrían en reserva, pero los hechos que se han producido ya excepcionalmente en distintos puntos, á pesar del sistema de educación impuesto, justifican ampliamente la confianza inspirada por la juventud á los precursores. Cuando no se retroceda ante el trabajo limitado de nuestros días por la necesidad de medir los salarios, nada impedirá explorar el globo en todos sus rincones, proceder á todos los trabajos de medidas y sondeos, hacer el inventario completo de todo el haber mundial, material é intelectual, acomodar el globo al ideal humano. La fuerza existe, sólo falta no temer servir de ella. Pero de todas las ocupaciones, la más urgente, aquella

para la cual se tiene más derecho á contar con el concurso de los jóvenes, es la obra de la educación de los niños, que les permitirá rendir á los representantes de la humanidad futura el beneficio que ellos mismos han recibido de la generación precedente; ¿no serán mejor empleados los años que se dediquen á la enseñanza que los dedicados al servicio militar actual, empleado en el estudio del asesinato científico?

La educación no tiene valor, ni siquiera sentido, sino á condición de servir en la vida, después de la salida de las escuelas, y de continuarse para la conservación y el progreso de las fuerzas intelectuales. La cosa es relativamente fácil para aquellos cuya profesión consiste en la aplicación de las ciencias que han estudiado en la Universidad; sin embargo, el mayor número de esos hombres autorizados por sus diplomas á seguir una carrera científica, se entregan por la rutina á practicar simplemente su arte y no saben siquiera mantenerse al corriente de los progresos que se hacen en la ciencia de que son intérpretes oficiales, corriendo gran peligro de especializarse estrechamente en los trabajos que les procuran el pan ó la fortuna. El médico, el jurista y el ingeniero, en el ejercicio de su oficio, descienden frecuentemente muy por debajo del límite de los exámenes que tan difícil les fué franquear la primera vez. Además, las condiciones actuales de la sociedad, determinadas por la conquista del oro, orientan la mayor parte de los hombres de ciencia hacia la adquisición de los bienes materiales, y ¿no se hace esta orientación en muchos casos á través de lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto? ¿Acaso recientemente, antes de la era de la antisepsia, no era la medicina oficial esencialmente mortífera, á pesar de sus exámenes y sus diplomas, y, en sus maneras de tratar las heridas, no había quedado muy inferior á la práctica de los curanderos despreciados á quienes se prohibía el ejercicio de la medicina so pena de multa y prisión? En tanto que éstos, conformándose con las prácticas de la ciencia antigua, empleaban los unguentos preparados en caliente con la terebentina y las maceraciones en vino y aguardiente, es decir, continuaban las prácticas de cierta antisepsia tradicional, los médicos de la facultad, sujetos á los preceptos de sus profesores, aplicaban sobre las heri-

das el cerato y las cataplasmas, fabricando así laboratorios de microbios que desarrollaban la herida y determinaban la muerte¹. Á centenares de miles, la ciencia oficial, en el siglo XIX, mataba enfermos que los curanderos hubieran salvado.

Y, en otra profesión, la que debiera tener por resultado, por el estudio de la psicología de los hombres y de las naciones, un



LA CONFERENCIA DEL DOMINGO EN RUSIA
Cuadro de Bogdanoff-Bielski.

sentimiento de benevolencia universal, ¿no vemos á los más sabios juristas apasionarse por la persecución de los acusados, como lebreles que persiguen la caza? Necesitan víctimas y víctimas, y se muestran contentos y con la conciencia satisfecha cuando han logrado una sentencia de muerte, aunque sea contra un inocente.

No basta ser sabio para ser útil á la humanidad, ó, al menos, el sabio desviado no hace obra buena más que de una manera indirecta, por transmisión de la ciencia entre los hombres. ¡Pero qué manantial inagotable brota de la roca árida en el punto favorable que ha sabido adivinar la varita evocadora! El hombre dichoso que

¹ Emile Forgue, *Revue Scientifique*, Diciembre 1901, p. 776.